

## Posmemoria en la juventud chilena contemporánea. Pensar y habitar la postdictadura (1990-2019)

Postmemory in contemporary Chilean youth.  
Thinking and inhabiting the post-dictatorship (1990-2019)

Joaquín A. Trincado Pizarro  
Universitat Autònoma de Barcelona  
tjoaquinp@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0002-5485-0356>

Recibido: 25-3-2020  
Aceptado: 4-9-2020

**Cómo citar este artículo / Citation:** TRINCADO PIZARRO, Joaquín A. (2021). Posmemoria en la juventud chilena contemporánea. Pensar y habitar la postdictadura (1990-2019). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 22, pp. 339-362, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.22.12>

### Resumen

Este artículo propone una caracterización de las formas en que la generación postdictadura (nacida al final o después de la dictadura) en Chile se relacionó con el pasado reciente del país. Estas formas tienen que ver con la transmisión del trauma y memoria de la represión, así como con los efectos sociales en los jóvenes del sistema económico y político legado por la dictadura. Se presenta una síntesis de fuentes primarias (entrevistas, prensa, literatura y encuestas) y secundarias para plantear la necesidad de considerar la relevancia de la posmemoria en la politización de una parte de esta generación. En última instancia se llama la atención sobre la relevancia social de la posmemoria, más allá de los estudios de transmisión directa a la segunda o tercera generación de víctimas.

**Palabras clave:** posmemoria; postdictadura; educación; juventud; Chile; neoliberalismo.

## Abstract

This paper puts forward a characterization of the ways in which the post-dictatorship generation in Chile (those born at the end of, or after the dictatorship) entered into contact with their country's recent past. Those ways were related to the memories of repression and the transmission of the trauma. They were also linked to the social effects on the young ones of the economic and political systems inherited from the dictatorship. A synthesis of both primary sources (interviews, press, literature and surveys) and secondary ones is rendered. This is done with a view to setting out the need for further consideration of the relevance of postmemory in the context of youth politicization. Finally, the paper pays attention to the social relevance of postmemory beyond research on direct transmission to the second or the third generations of victims.

**Keywords:** Postmemory; Post dictatorship; Education; Youth; Chile; Neoliberalism.

## Introducción

«Aunque usted no lo crea, el terrorismo de Estado, en alguna forma, le cambió la vida a usted.»<sup>1</sup>

«¿En qué pueden ver los jóvenes la herencia del [golpe de Estado del] once de septiembre?

‘En la mala redistribución del ingreso, porque durante 17 años hubo gente que se enriqueció con el abuso, y en la impunidad y la falta de justicia. Los jóvenes saben que hubo miles de muertos y sólo dos presos: Contreras y Espinoza. ¿Cómo se explica eso?’<sup>2</sup>

¿Existen pasados urgentes? ¿cómo identificar qué parte del pasado permite explicar de mejor manera la realidad social que vivimos? Puede haber muchas respuestas, pero es claro que en sociedades posconflicto, las causas, características y consecuencias de dicho conflicto –el golpe de Estado y la dictadura para el caso chileno– se constituyen conocimientos sustanciales. En Chile, conocer sobre el golpe de Estado de 1973, que derrocó al presidente socialista Salvador Allende, y sobre la dictadura militar que siguió al golpe ha resultado necesario para entender políticamente la actualidad. Además de la demanda de justicia por los crímenes que se cometieron en la dictadura, en ella está el origen de la Constitución vigente durante treinta años y de numerosas leyes en Chile. Y

---

1. Dirigente de la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos a un ministro del Tribunal Constitucional. Entrevista personal a Alicia Lira, Santiago, 2019. He incluido epígrafes en cada apartado, para que sean las voces de la época o la generación postdictadura quienes guíen el relato y el planteamiento de los problemas históricos.

2. Osvaldo Badenier (26 años), nac. 1972, presidente de la Juventud Demócratacristiana. En: «¿Qué saben los jóvenes del ‘Once’?», *La Nación* 11 de septiembre de 1998, pp. IV – V.

conocer sobre ello ha sido necesario no sólo para historiadores profesionales, sino para todos quienes han debido recurrir a este pasado a través de medios distintos a su propia experiencia.

La gran escala de la violencia política contemporánea, los múltiples medios y canales de información en las grandes ciudades, el recurso a la manifestación pública, pero más aún, la transmisión boca a boca, relato a relato, son a veces tan fuertes como la violencia misma. Pocos son los sobrevivientes y testigos que deciden callar en el mediano y largo plazo; y pocos serán los que no quieran escuchar, aún tiempo después sus relatos. En el contexto de las transiciones a la democracia en el siglo XX, sobre todo en América Latina, este elemento ha sido muy relevante y continúa siendo hoy parte de una discusión pública y sujeto de medidas políticas.

Este artículo pretende caracterizar la relación de la generación postdictadura en Chile con el legado dictatorial, tomando en cuenta la memoria del terrorismo de Estado y las características sociales y económicas del neoliberalismo que se mantuvo en democracia. ¿Qué conocieron?, ¿qué les motivó a conocer? y, en menor medida, ¿cómo lo conocieron? son las preguntas que guían este escrito. En la medida que contestarlas con precisión es difícil, este estudio no deja de ser exploratorio y punto de partida para futuras investigaciones que aporten tanto al campo de los estudios de memoria como al estudio histórico de la época de postdictadura en Chile y otros países.<sup>3</sup>

Tomando de Karl Marx la idea de que las clases sociales se definen en oposición a otras y no sólo en atención a sus condiciones propias, es que la generación postdictadura está íntimamente relacionada con la generación que fue testigo directo del terror de Estado y, lógicamente, es esta la diferencia que la define: el no haber vivido. Pero esta relación no acaba de ser dialéctica allí, pues si por un lado la generación de sus –de nuestros– padres y profesores es la que ha transmitido sus memorias a la siguiente, es también la que muchas veces, a nivel mediático y familiar, ha esgrimido el argumento de la experiencia,

---

3. El concepto de postdictadura alude a un periodo configurado por una dictadura anterior y que abarca más aspectos que el periodo de transición política. La transición política en Chile ha sido de difícil definición y para este estudio es más relevante el legado normativo y traumático de la dictadura militar que la definición concreta de fechas. El concepto se utiliza aquí respecto de ciertos elementos que representan una herencia histórica para la generación nacida después de la dictadura, no pretendiendo pasar por encima de definiciones de transición en términos políticos, sino en los aspectos de la sociedad que hacen de esa generación una generación *post*. El término ha sido desarrollado por Valdivia (2017) para el siglo XX y la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, pero con una clara alusión a conceptualizar esta idea desde nuestra época.

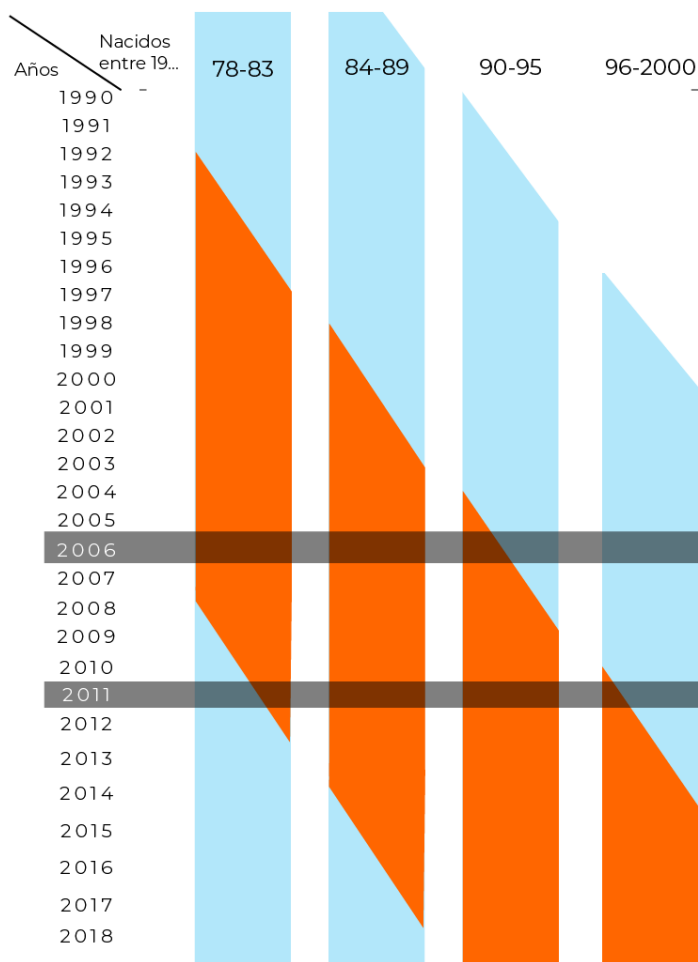
acusando a los jóvenes de «no haber vivido» y de «no saber». La primera afirmación es verdadera y obvia, pero la segunda no lo es.

El sujeto de estudio es un grupo etario compuesto en líneas generales por todos los hombres y mujeres que no vivieron la dictadura. Sería muy simple cortar en el año 1990 y definir que los jóvenes de la postdictadura son los nacidos a partir de aquella fecha. Sin embargo, esto no es práctico ni verdadero, puesto que muchas personas que nacieron años antes no tuvieron una conciencia clara de la realidad política del país, o no tuvieron conciencia elaborada de la realidad en absoluto porque eran muy menores. Es decir, quienes nacieron en el año 1985 eran muy pequeños durante la dictadura y tendrán recuerdos vagos que se han elaborado *a posteriori*. Mientras, los que nacieron en 1978 o 1980 tienen recuerdos infantiles de la dictadura y alcanzaron a elaborarlos en algunos casos, porque son recuerdos muy fuertes de la violencia y que han dejado marcas, pero no dejan de ser recuerdos infantiles, resignificados en gran medida después.

Toda definición de un grupo etario es ambigua y antojadiza hasta cierto punto. Sin embargo, resulta necesario hacerla. En este estudio se consideran como jóvenes integrantes de la generación postdictadura a todos aquellos nacidos en Chile desde 1978, es decir, que tenían como máximo 11 años en 1990. Eventualmente se incluirán voces que flexibilizan levemente esta definición, pero se comprenderá que se encuentra dentro de los límites del mismo razonamiento.

La generación postdictadura tiene una característica demográfica peculiar. Y es que, definida como los que no tienen recuerdos de la dictadura militar o sólo recuerdos infantiles (nacidos desde 1978) y que formaron parte de la juventud chilena (14 a 29 años), su número aumentó constantemente durante cerca de dos décadas. Es desde 2007 que comenzaron a dejar la cohorte de la juventud los que habían nacido en 1978, por lo que, entre ese año y 2011, la parte más joven de la generación postdictadura reemplazó –y ya no sólo se sumó– a los mayores. Esto quiere decir que dejan de coexistir las experiencias de la temprana transición con las más nuevas en el espacio político estudiantil y juvenil en general, siendo mejor representados los nacidos ya en plenos años 90. Retomaremos este elemento en las conclusiones, pero por el momento téngase en cuenta que hay un momento, alrededor del año 2000, en que los jóvenes que lucharon contra la dictadura dejan el protagonismo a los jóvenes que no la vivieron, y otro momento en que los que nacieron a finales de la dictadura dejan los espacios de juventud, alrededor de 2010.

Figura 1  
 Generación postdictadura agrupada por años de nacimiento, destacando su época de participación del rango etario joven (14 a 29 años). Destacados años 2006 y 2011 de movimiento estudiantil



Fuente: Elaboración propia.

Para entrar en el problema de la memoria y la generación postdictadura de manera muy simple: en un curso de secundaria del periodo 1990 a 2010, muchos preguntaban –y preguntan hasta hoy– qué sucedió durante la dictadura militar, qué significan las palabras tortura, desaparición, prisión política, exilio

y cómo se materializaron. Cualquier profesor lo ha vivido en Chile; cualquier estudiante de la época lo recordará. Este es un fenómeno común, frente al cual tanto los docentes como los documentos curriculares han planteado formas distintas para abordar –o evitar– estas preguntas espontáneas. Sin embargo, durante gran parte del periodo fue un tema que se debió conocer fuera de las aulas de clase.<sup>4</sup>

Existen principalmente dos motivos por los cuales esta generación se volcó al pasado para comprender su mundo: la vívida experiencia de las violaciones a los derechos humanos de sus familiares o conocidos mayores, y la propia vivencia del sistema económico y social del neoliberalismo implantado por el régimen, que le sobrevivió por décadas. Al enfrentarse a la economía neoliberal y sus efectos sociales, o a las formas de la democracia restringida, muchos jóvenes requirieron conocer más sobre ese pasado relevante para explicar las construcciones sociales y políticas de su presente, pues era evidente que las cosas no siempre habían funcionado así. Sin embargo, la producción de conocimiento y de discursos sobre la dictadura en Chile fue compleja, por lo que esta información no siempre estuvo disponible. El contexto de silencio institucional y ausencia de justicia en un primer periodo hicieron difícil acceder a la información del pasado, haciéndola más problemática, pero a la vez, también más relevante de conocer.

El trabajo se estructura de la siguiente manera. En una primera parte, se estudia la transmisión del trauma psicosocial del terrorismo de Estado, exponiendo los principales estudios sobre esta transmisión y sus consecuencias, mostrando ejemplos que ofrecen las fuentes primarias, y esbozando una cuantificación del peso de la población afectada por este trauma psicosocial. Esto último es importante puesto que, si bien se ha estudiado el efecto de la transmisión oral de las experiencias de la violencia represiva, siempre se ha hecho considerando a los familiares directos de las víctimas y no otras formas de transmisión también muy relevantes.

En una segunda parte, se abordan los elementos del modelo de desarrollo neoliberal que mayor incidencia tuvieron entre la población joven. La alta deserción escolar que se arrastraba desde los años ochenta, el desempleo juvenil de fines de la década de 1990, la precarización del trabajo, sumados a la disminución de sindicatos y de la actividad de los partidos políticos en sectores populares y las nuevas características de la marginalidad urbana, fueron para los jóvenes del periodo factores que dificultaron su inserción en el mundo

---

4. Un trabajo que analiza este mismo problema del conocimiento de los estudiantes sobre un conflicto anterior a su nacimiento es el realizado en el Perú por Uccelli *et al.*, 2017.

adulto, que por cierto era muy distinto al que habían conocido sus padres. Como se verá, estas son un conjunto de vivencias que fueron elaboradas discursivamente por algunos como una consecuencia del pasado.

### Secretos a voces: la transmisión directa e indirecta del trauma.

«Viví la masacre sin saber por qué.»<sup>5</sup>

«Hace poco hablamos del *once*. Es que hay una niña aquí que antes andaba en cuestiones políticas. Hablamos del *Che* Guevara.»

¿Te dice algo la imagen del *Che*? ‘Algunas cosas, la mamá de una amiga era del Frente Patriótico, y me juntaba con ella. Pero a mí no me importaba mucho eso. No me gusta mucho cuando hacen protestas para el *once*.’<sup>6</sup>

Viendo que existe una diferencia en el conocimiento directo, mas no tan elaborado políticamente, de la población nacida durante la dictadura, es que esta cohorte se incluye como generación *post*. Hay que hacer la salvedad, eso sí, de analizar especialmente este tipo de recuerdos de la represión en su infancia. La generación definida de esta forma como los nacidos entre 1978 y 1983, que tenían entre 6 y 11 años al final de la dictadura es la generación que puede tener recuerdos infantiles directos, lo que puede influir en su forma de acercarse al conocimiento del pasado y a la elaboración política. Sin embargo, no es una generación que pueda prescindir de sus mayores para indagar en el terrorismo de Estado, puesto que sus recuerdos no dejan de ser muy segmentados y desde un punto de vista infantil y, por tanto, no elaborados en el momento con un contenido político.

Las siguientes son algunas características de la experiencia de esta generación, recogida en fuentes orales y también por otro estudio. Un grupo de científicos sociales en 1999 entrevistó a una serie de 80 jóvenes nacidos entre 1975 y 1980, para indagar cómo las vivencias del clima de violencia y represión en los sectores populares urbanos pudieron afectarles o no en sus procesos de socialización (Magendzo, Rubio, Aubel, 1999). Buscaban si les habían hecho tender a la introversión y al miedo, o bien, a la extroversión y al compromiso social. De aquella muestra, un 70% relataron hechos de violencia y represión al preguntárseles por su infancia en general, mientras que un 24% lo hicieron al preguntárseles directamente por aquello. Es decir, de estos jóvenes de entre 19 y 24 años, un 94% tenían recuerdos directos, propios, de la violencia política.

5. Los Tres, *Flores secas* (canción), 1991.

6. Georgia Hernández (15 años) [nac. 1983], en rehabilitación por consumo de drogas. En: *La Nación* 11 de septiembre de 1998, pp. IV – V.

Señalan los autores: «La represión política la recordaron como toques de queda, estado de sitio, bombas lacrimógenas, carros lanza agua, tiroteos, golpizas, arrestos, asesinatos, operativos militares, allanamientos, uso de tanquetas y helicópteros.» (Magendzo, Rubio, Aubel, 1999: 76) Esto es muy relevante en términos simbólicos para la elaboración del trauma, como veremos a continuación. No se equivocan algunos artistas, como Carlos Altamirano, al recurrir al sonido de los helicópteros para evocar en los espectadores de cierta cohorte de edad, ese miedo a la violencia, muchas veces vivido en la infancia y, desde allí, vinculado a ese tipo de elementos cotidianos que gatillan el trauma.

Los autores definen tres categorías de percepción del riesgo en estos recuerdos infantiles de la violencia: ausencia de riesgo; sensación de amenaza reactiva y momentánea; y sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva. Para los entrevistados de poblaciones intensamente reprimidas por la dictadura, la sensación de amenaza intensa, prolongada y disruptiva fue mucho más presente, representando un 63%. Este tipo de vivencias producen una serie de efectos psicológicos posteriores que, aunque el estudio concluya que no han incidido en una mayor introversión o en un mayor miedo en la vida de estos jóvenes, es muy relevante en este estudio a la hora de incluir a gran cantidad de personas como portadoras directas de recuerdos de la represión y el terror de Estado, dando una idea de lo presente que pueden llegar a estar estos recuerdos. Señalan Magendzo et al. (1999: 78):

«Este miedo como amenaza intensa, prolongada y disruptiva, que afectó al 37,2% de los entrevistados, implicó la presencia de algún efecto posterior a la vivencia represiva que prolongaron el sentimiento de amenaza, tales como dificultades de sueño y pesadillas (44,2%), evocación espontánea de imágenes de violencia represiva (39,5%), sentimiento de miedo permanente (27,9%), fantasías reparadoras y catastróficas (25,6%).»

Por otro lado, es muy interesante para el propósito de este artículo la relación que tienen estos recuerdos, cuando existen, con la conciencia política. Algunos entrevistados para una investigación en curso, al ser preguntados por el origen de su politización o concienciación política, recurren a este tipo de recuerdos de infancia:

«Y a nosotros que somos los chicos de la dictadura, porque yo, terminé la dictadura y tenía 11 años. Entonces los últimos recuerdos que uno tiene de la dictadura es las tanquetas por acá paseándose, asustando a la gente, todos entrándonos. Yo me acuerdo una vez me quedé afuera porque mi hermana cerró la puerta y venían los milicos en la tanqueta, por Av. La Bandera (...). Nosotros los recuerdos que tenemos de niños de la dictadura son *cabros* [jóvenes] ahorcados por dar un ejemplo.» (Entrevista personal a Alejandro, población La Bandera. En adelante, «Alejandro»)



Los elementos enunciados corroboran el estudio citado de Magendzo *et al.* (1999). Y nos muestra también otro tipo de recuerdos, de un antagonismo infantil con el régimen, germen de una identidad política:

«Yo era un niño que andaba pa' acá, pa' allá en el día, hasta como las 11, 12 de la noche, andábamos leseando un piño de pendejos que cuando pasaban los *pacos* [policía] los agarrábamos a camotazos, entonces teníamos como esa inquietud de 'no más al tirano'.» (Alejandro)

Las opciones políticas de parte de la generación postdictadura no están desligadas de la experiencia de la represión. Pero más aún, la politización suele estar ligada a la memoria de la dictadura aun cuando la persona no tiene recuerdos propios del terrorismo de Estado. Es el caso de las generaciones siguientes, nacidas a partir de la mitad de la década de 1980.

El concepto de posmemoria, utilizado por Marianne Hirsch (2015) desde la década de 1990, caracteriza el fenómeno de poseer conocimientos de las vivencias de otras personas, cuya relevancia para la construcción de un relato personal hace que funcionen como si fueran recuerdos propios. Hirsch comienza su inquietud a partir de la transmisión del trauma vivido por los sobrevivientes del genocidio judío y la representación en el arte y la literatura de dicha transmisión. Usemos su definición:

«El término 'posmemoria' describe la relación de la 'generación de después' con el trauma personal, colectivo y cultural de la generación anterior, es decir, su relación con las experiencias que 'recuerdan' a través de los relatos, imágenes y comportamientos en medio de los que crecieron. Pero estas experiencias les fueron transmitidas tan profunda y afectivamente que *parecen* constituir sus propios recuerdos.» (Hirsch, 2015: 19)

¿Es necesario mantener recuerdos propios, incluso infantiles, para que el terror de una época pasada esté presente en la mente de las personas? Según esta idea no. Y el problema abordado aquí es que la transmisión del trauma ha sido muy amplia en Chile, dado que además la represión misma fue muy extendida.

El concepto de trauma psicosocial, propuesto por Ignacio Martín-Baró (1990) para estudiar la violencia política en Latinoamérica, condensa dos características fundamentales de las consecuencias de la violencia represiva. En primer lugar, pone de relieve que el trauma, en estos casos, no sólo está ligado al evento que lo produjo (la detención o la sesión de tortura), sino que se expresa en la persona según «su extracción social, su grado de participación en el conflicto, así como las características de su personalidad y experiencia» (Martín-Baró, 1990: 10). Y, en segundo lugar, los procesos de transición a la democracia en los años 1980 y 1990 harán ver que los efectos de la violencia competen a la sociedad en su conjunto, en tanto son consecuencias físicas y

psicológicas, pero también políticas. Y no hablo de política en el sentido del legado político dictatorial, sino porque la deuda del Estado con la sociedad no se salda sólo con la retirada de los militares a los cuarteles, sino que participa de la acción política colectiva y las respuestas que el Estado transicional da. Jorge Manzi, importante psicólogo chileno y coordinador de la Mesa de Diálogo establecida ese año para que los militares entregaran información sobre los desaparecidos, señalaba en un discurso por radio esta amplitud de la violencia, que lo transforma en un problema público:

«La superación del tema de los derechos humanos es una necesidad del país y no solamente de los grupos que están ahí sentados. Y en ese sentido, la Mesa tiene una conformación que revela no solamente las partes en conflicto, sino también otros, que son testigos y también como quien dice representantes de la cultura, que están pidiendo que este problema se enfrente y se resuelva.» (Manzi, Archivo Radio Cooperativa, 12 de septiembre de 1999)

Esta amplitud del trauma como problema social implica también a las siguientes generaciones. Como se plantean para el caso español Miñarro y Morandi (2014), es muy relevante analizar la dimensión en que «la inscripción simbólica de estos hechos históricos [la guerra o la dictadura] se ha transmitido a las diferentes generaciones e incide en la subjetividad de nuestra época». A continuación, se analizan dos casos de transmisión del trauma en Chile, que constituyen los dos grupos de esta generación postdictadura: los familiares de las víctimas y los no familiares.

Ximena Faúndez (2013) ha estudiado la transmisión del trauma psicosocial en la tercera generación de víctimas de la violencia política de la dictadura en Chile, esto es, los nietos y nietas de presos políticos. Chile fue el primer país del mundo en crear una Comisión de la Verdad que abordara específicamente la prisión política y la tortura, en el año 2003, conocida como Comisión Valech. Una de sus primeras conclusiones, que cambia el enfoque de lo que se consideraba prisión política, es que, dada la abrumadora mayoría de testimonios de quienes se acercaron a la comisión que señalaban haber sido víctimas de tortura, ambos conceptos resultan en la práctica indivisibles. Durante la dictadura encabezada por Pinochet, tanto agentes civiles como militares torturaron física y psicológicamente, y de una manera atroz y espeluznante a decenas de miles de personas al momento de privarlas de su libertad en detenciones ilegales. Los traumas provocados en aquellas personas, que como sobrevivientes volvieron con sus familias o formaron otras, pasaron a las siguientes generaciones al momento de relatar sus vivencias a hijos o nietos. Para la autora:

«Hoy, tras casi 40 años de ocurrido el Golpe de Estado en Chile [escribe en 2013] es posible afirmar la existencia de una generación compuesta por nietos

de víctimas de prisión política y tortura, nacidos en democracia, cuyas vidas se han visto y siguen estando marcadas por la experiencia familiar traumática.» (Faúndez, 2013: 153)

Para Faúndez, si bien esta acción de relatar ha sido muy compleja según el caso, dejando entrever además la variable de género, que haría menos propensas a las mujeres de relatar su experiencia por haber vivido además una tortura sexual, la historia familiar ha quedado marcada por este trauma. En estos casos, pueden ser los abuelos o los padres los que transmiten la historia a los más pequeños. Un ejemplo, tomado de su investigación:

«...vivir como nieta de una persona que fue detenida en tiempo de gobierno militar, ehm... yo diría que mi, en mi infancia no la marcó hasta porque de hecho a mí nunca me lo dijeron cuando yo era chica. No me marcó... hasta que... no sé, me recuerdo una vez que tendría no sé, como diez años, y mi papá como que habló del tema conmigo [...] Entonces como que ellos nunca nos habían contado nada al respecto hasta que tuve como diez años y mi papá una vez me contó. Ehm. que a mi abuelo lo habían detenido.» (Millaray, entrevistada por Faúndez, 2013: 77)

Para sus 14 entrevistados, si bien el relato familiar pudo no haberse dado de manera directa en la infancia, siempre aparece un momento en que éste es revelado o se hace explícito para este miembro más joven de la familia. Más relevantes aún son los efectos causados en estos nietos de víctimas de prisión política y tortura. Siguiendo la idea de Hirsch (2015), los nietos se hacen portadores de estas historias y recuerdos; se sienten «narradores protagonistas», que es como los caracteriza Faúndez (2013) en las últimas sesiones de entrevista que sostiene con ellos:

«Los narradores también se proyectan en la labor de continuar transmitiendo la historia de Prisión Política y Tortura a los miembros más jóvenes de la sociedad, *tales como sus amigos, pares y futuras generaciones*. Esto con el objetivo de mantener viva la memoria familiar y evitar que se repitan los mismos hechos dolorosos en el futuro.» (Faúndez, 2013: 91, las cursivas son mías.)

Como dice uno de ellos, adquieren la labor de «contar y contar y contar hasta que la gente le quede claro lo que pasó, para que principalmente no vuelva a pasar» (Andrea, entrevistada por Faúndez, 2013: 102)

Otro testimonio que presenta en acción este mecanismo de posmemoria y compromiso con la acción política es el siguiente, recogido de una manifestante chilena en Londres, expresándose a favor del juicio a Pinochet, internado en una clínica a la espera de su posible extradición y juicio en España. Transmitido en directo el año 1998, el testimonio muestra la capacidad movilizadora de este trauma psicosocial:

«La familia ahora él va a sentir, ellos van a sentir lo que nosotros sentimos en esos momentos cuando nuestros padres fueron detenidos, cuando nuestros padres nos los arrancaron de nosotros, siendo pequeños.

«Yo tenía 12 años cuando a mi madre me la arrancaron, mi madre tenía siete meses de embarazo, con la tortura mataron a su bebé y más encima la dejaron estéril para que nunca más, supuestamente, trajera extremistas. *Por eso estoy aquí* y por eso he estado todo este tiempo sacrificando a toda mi familia para que se haga justicia, por el asesino.» (Mujer manifestante, Archivo Radio Cooperativa, 24 de marzo de 1999)

En resumen, la violencia política produjo traumas psicológicos en las personas que la vivieron. Este trauma es de carácter psicosocial, puesto que se relaciona con el proceso político y lograr que se diga la verdad y se haga justicia constituye un problema político. Además, ese contenido de recuerdos ha sido transmitido a dos generaciones siguientes, dejando marcas en estas personas, dado que sus familias siguen siendo víctimas por la falta de justicia (Faúndez, 2013: 89).

Sin embargo, la posmemoria no se manifiesta solamente entre quienes son familiares directos de ex presos políticos, desaparecidos o ejecutados por la dictadura militar. Tanto la retransmisión de estos relatos en la forma que expresaban los nietos de ex presos a sus pares, como la transmisión de memorias familiares a sobrinos, sobrinos-nietos y, en fin, a todos los cercanos a una familia golpeada por el terrorismo de Estado, han producido en Chile una proliferación de memorias en la generación postdictadura. Esto nos obliga a analizar al otro grupo, los jóvenes sin familiares directamente afectados por la represión más dura, pero que son portadores de recuerdos de ese tipo, constituyendo parte sustancial de la generación postdictadura.

El escritor Alejandro Zambra, nacido en 1975, ha tratado el tema de la posmemoria en algunas de sus novelas. En *Formas de volver a casa* (Zambra, 2011) la trama y las reflexiones giran en torno a la forma de relacionarse con los recuerdos de otros. El protagonista de la novela, de corte autobiográfico, se relaciona con las violaciones a los DD.HH. a través de la persecución política que sufre uno de sus vecinos. Siendo niño, participa de aquel drama familiar como un juego, donde la realidad política de la dictadura no es elaborada entonces, sino bastante después. El libro tiene muchas referencias al rol de los recuerdos ajenos y la fuerte influencia que tienen en el protagonista y en el escritor, que registra en la misma novela la historia de cómo va construyendo el relato:

«La novela es de los padres, pensé entonces, pienso ahora. Crecimos creyendo eso, que la novela era de los padres. Maldiciéndolos y también refugiándonos, aliviados, en esa penumbra. Mientras los padres mataban o eran muertos,

nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos nosotros aprendíamos a hablar, a caminar, a doblar las servilletas en forma de barcos, de aviones. Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer.» (Zambra, 2011: 56)

Zambra apelaba a un actor colectivo, que es su generación, marcada por esta carga de recuerdos de otros. Para algunos críticos la vive como un «naufragio», como una pérdida que se observa y elabora *a posteriori*:

«Al hablar en plural, como si fuese un síntoma de toda una juventud, el narrador protagonista de *Formas de volver a casa* desarrolla la idea de una generación derrotada en cuanto a la reformulación del recuerdo. (...) *Formas de volver a casa* alegoriza la recuperación del pasado en tiempos de relativo olvido, pone de manifiesto una experiencia pasada ante los ojos del presente y toma una conciencia ética y política frente a un *acontecimiento crucial de la historia chilena*» (Barraza, Plancarte, 2016: 109-110)

El recuerdo ajeno apropiado, integrado en el relato de la comunidad a la que se pertenece e incluso como parte de la identidad es relevante más allá del círculo de la familia. Cuando Zambra relata «El colegio cambió mucho cuando volvió la democracia. Entonces yo acababa de cumplir trece años y empezaba a conocer a mis compañeros: hijos de gente asesinada, torturada y desaparecida» (p. 67), apunta a la transmisión de experiencias entre pares. La misma voluntad expresada por los nietos de ex presos políticos de «contar y contar» se materializó en Chile en distintas generaciones, utilizando los colegios y los grupos juveniles de diverso tipo para difundir experiencias de posmemoria.

La inquietud por conocer más sobre esta historia, que marcó a sus cercanos, se ha manifestado en las salas de clase frente a los profesores, teniendo un rol relevante la asignatura de Historia, que en muchos casos simplemente se saltaba las décadas de 1970 y 1980. Hasta la inclusión detallada del periodo en el currículum vigente desde 2017, la ambigüedad de los textos curriculares facilitaba que, en una proporción difícil de estimar, los profesores no trataran el periodo en clases. Aunque en algunos casos el tema fuese tratado en otros espacios escolares y fuera de la escuela.

Por todo esto parece relevante intentar una estimación de la cantidad de personas que conforman esta generación de la posmemoria en Chile, considerando a las generaciones que vivieron la violencia en su infancia, a los familiares de víctimas del terrorismo de Estado y a quienes se relacionaron con esos hechos por sus pares o por familiares menos directos.

Faúndez ha hecho una estimación de los nietos de presos políticos utilizando las cifras del Programa de Reparación y Ayuda Integral en Salud (PRAIS), que entrega salud gratuita a las víctimas y familiares. Si la acreditación para

el programa pasa por los testimoniantes de la Comisión Valech y su complemento<sup>7</sup>, el número de víctimas de prisión política y tortura asciende a la terrible suma de 35.868 personas, y 3.216 asesinados directamente por la dictadura. Considerando estos datos, Faúndez (2013) estimaba al año 2006 unos 214.000 beneficiarios, de los cuales 68.658 eran menores de 20 años y presumiblemente hijos o nietos de víctimas de la violencia política. Pero si la cifra total se ha triplicado en estos años, el número de hijos o nietos calculado así debe ser mucho mayor. Los datos hoy no están disponibles y sólo se pueden hacer débiles estimaciones al respecto. Mucho más débiles si buscamos considerar la transmisión de familiares menos directos o de fuentes no familiares.

Sin embargo, plantear esta cuestión es relevante porque permite tomar conciencia de la masividad de la transmisión del trauma psicosocial del terrorismo de Estado, aún en la generación postdictadura. Establecer que la mayor parte de la generación nacida entre 1978 y 1983 tiene recuerdos propios de la violencia entre sus memorias de infancia, y que cientos de miles de jóvenes –aunque no sepamos cuántos exactamente– son portadores de recuerdos de violencia política por transmisión directa de sus padres o abuelos, permite analizar con una mayor claridad la gran presencia de la memoria sobre las violaciones a los DD.HH. entre los jóvenes chilenos de las últimas décadas.

### Vivir la postdictadura: jóvenes y modelo socioeconómico

«¿La droga es un problema político? ‘Sí, porque son muchos los jóvenes que consumen droga y esa debe ser una preocupación de la política, por lo que tengo entendido.

¿Lo que tú vives tiene alguna conexión con eso?

‘En parte sí y en parte no. Porque...con el golpe cambiaron muchas cosas, me han dicho que antes no era tan difícil encontrar trabajo, no se pagaban los estudios.’<sup>8</sup>

Pero no sólo la transmisión de memorias sobre el terrorismo de Estado ha llevado a los jóvenes del periodo estudiado a inquirir el pasado reciente. El tipo de capitalismo implementado durante la dictadura y apenas tocado durante las primeras décadas de democracia, produjo en las generaciones nacidas en

7. La Comisión Asesora Presidencial para la Calificación de Detenidos Desaparecidos, Ejecutados Políticos y Víctimas de Prisión Política y Tortura, (o Segunda Comisión Valech) recibió 622 casos de detenidos desaparecidos y ejecutados políticos, y 31.831 solicitudes de víctimas de prisión política y tortura. Con toda esta nueva información, la cifra oficial de Prisioneros Políticos en Chile durante la Dictadura cívico-militar ascendió a 35.868 personas, mientras que la de personas asesinadas llegó a 3.216.

8. Braulio Villagrán (17 años) [nac.1981], en lucha por rehabilitarse del consumo de drogas, estudiante básico. En: *La Nación*, 11 de septiembre de 1998, pp. IV – V.

los años 1980 dificultades tanto por la inestabilidad del trabajo, el desempleo y la falta de apoyo social. Sin embargo, es muy relevante que muchos de esos factores hicieron que se recurriera a las reformas económicas de la dictadura como elemento de explicación, o al menos, se dirigieran allí las preguntas. Movimientos como el de los estudiantes secundarios en 2006, que reclamaban contra la Ley Orgánica Constitucional de Educación (promulgada en dictadura), dan cuenta de cómo algunas expresiones de descontento tenían un origen explícito en la dictadura militar. Por otro lado, las protestas por cada aniversario del golpe de Estado, desde 1990, fueron incluyendo factores como la desigualdad y la marginalidad social entre sus reclamos contra el legado de la dictadura, al tiempo que fueron participando en ellas cada vez más jóvenes, incluso bien entrada la década de 2010. (Trincado, 2020).

Por otro lado, es interesante el efecto análogo (y de signo contrario) en el conflicto chileno: el gobierno derrocado de Salvador Allende fue visto, sobre todo por los jóvenes, como un ejemplo a seguir, una figura reivindicable que restaría aún más validez a la dictadura por haberla segado de la Historia. Si bien la figura de Allende podría haberse desvanecido, la fuerza con que resurgió como referente y la vigencia del proyecto de la Unidad Popular, hablan de la importancia de la memoria de quienes participaron de éste y cómo la transmitieron. Como señala Joignant (2007), uno de los efectos de las políticas de memoria de Ricardo Lagos (el siguiente presidente del Partido Socialista después de tres décadas) fue la rehabilitación de la figura de Allende, sobre todo alrededor del aniversario número 30 del golpe, en 2003. Y el mismo año, un estudio sobre la figura de Salvador Allende indicaba que era justamente entre los «jóvenes que no vivieron periodo de la UP» donde la aprobación del mandatario era mayor que en todos los demás segmentos etarios. El 50% de los jóvenes encuestados (de entre 18 y 24 años) creía que los homenajes a Allende eran totalmente merecidos y ponían calificación a su figura y su gobierno.<sup>9</sup> Esto demuestra el efecto de la posmemoria en dicha generación, nacida entre 1979 y 1985, y su expresión y referentes políticos.

Y si los referentes eran los del pasado y aparecían en la discusión política en boca de los jóvenes era porque la problemática política del momento derivaba de los efectos concretos de la dictadura militar. En primer lugar, Chile vivió un aumento de la desigualdad de ingreso desde el golpe de Estado de 1973. Esa desigualdad, que ha sido muy estudiada por las ciencias sociales, hizo que el crecimiento económico de la década de 1990 y 2000 poco significara para la mayoría de los chilenos y que fuera apropiada por la élite. En

---

9. *La Tercera*, 14 de septiembre de 2003, p. 6.

efecto, los ingresos del 1% de la población más rica significó entre 2000 y 2005 aproximadamente un 30% del PIB del país (Rodríguez, 2018: 240-247). La expansión del crédito entre la clase media y entre los sectores populares, que venían saliendo de la pobreza a fines de los años noventa, contribuyó a aumentar el nivel de vida, debido a que la distribución del crecimiento no lo había hecho, pero causando estragos en los presupuestos familiares, que aumentan su relación deuda a ingreso de 35,4% en 2000 a 60% en 2009, lo que significa un crecimiento del 12,8% real anual (Banco Central, 2010). Uno de los argumentos más relevantes del movimiento estudiantil de 2011 fue que una educación superior gratuita sería una forma de aumentar la igualdad en el país, permitiendo a los estudiantes pobres acceder sin tener que recurrir al endeudamiento. La demanda de condonar las deudas estudiantiles, a mediados de la década de 2010, demuestra qué tan problemática se hizo la deuda familiar como mecanismo para acceder a beneficios o incluso derechos.<sup>10</sup>

Por otro lado, la forma de insertarse en el mundo del trabajo había cambiado desde la dictadura, fundamentalmente por la reconversión productiva que disminuyó la clase obrera industrial y fortaleció los servicios. Esta transformación en el mundo del trabajo, acompañada por el legado de trabas a la sindicalización aumentó la cantidad de jóvenes en empleos precarios y sin una organización a la que pertenecer. Para Juan Tedesco (2000: 20) «en la exclusión no hay grupo contestatario ni objeto preciso de reivindicación y tampoco instrumentos concretos para imponerla». Y los jóvenes de los 90 se distanciaban mucho más del modelo de sociabilidad sindical o de apego a la empresa de los años 60 y 70, en muchos casos vividos por sus padres, para adentrarse en un mundo de relaciones menos concretas y sin apoyos de su misma clase social. La poca preparación de los jóvenes en los 90 fue detectada por el Estado en los primeros años de la transición, como lo atestiguan la creación de programas de empleo como Chile Joven, desde 1992. Sin embargo, esta inestabilidad estructural de la juventud no cualificada se manifestó claramente durante la crisis de 1997, que disparó el desempleo juvenil mucho más que el total, recuperándose sólo a finales de la década de 2000.<sup>11</sup>

En segundo lugar, deben sumarse dos elementos que segregan a la población y hacen más fuerte el contraste social: la vivienda y la enseñanza. La

---

10. Ver, por ejemplo, «Miles de estudiantes en todo el país marcharon para pedir el fin del CAE», *Diario Universidad de Chile*, en: <https://radio.uchile.cl/2017/05/09/miles-de-estudiantes-en-todo-el-pais-marcharon-este-martes-para-pedir-el-fin-del-cae/> O la columna de opinión al respecto: <https://www.theclinic.cl/2017/05/21/cae-mecanismo-desposesion-expropiacion-financiera/>

11. Encuesta Nacional de Empleo, Instituto Nacional de Estadísticas.



dictadura reordenó el mapa de la ciudad de Santiago en función de expulsar a la población pobre hacia la periferia urbana, eliminando su contacto con la clase alta y desarticulando, en el camino, a las comunidades que se habían formado al calor de la lucha por la vivienda. Señala Armando De Ramón (2011: 254) que «entre los años 1979 y 1985, las radicaciones y erradicaciones desplazaron dentro de la ciudad a 28.703 familias, cantidad que equivale aproximadamente a la población de la ciudad de Talca en 1985.»<sup>12</sup> Además, de esta población que habitaba campamentos precarios, «un 77,3% fue desplazado hacia sólo cinco comunas del área sur del Gran Santiago: La Pintana, Puente Alto, La Granja, San Bernardo y Peñalolén, muchas de las cuales se caracterizan, hasta hoy, de adolecer de gran deficiencia en infraestructura y ser una zona de alta concentración de la extrema pobreza.» (De Ramón, *ibid.*)

Esa segregación espacial tuvo efectos sociales en la juventud. La estigmatización sobre esos barrios se traspasó rápidamente a sus habitantes, sobre todo la juventud. Pero más importante, en esos barrios obreros formados a partir de otros barrios desarticulados, fue donde tomó fuerza el narcotráfico de control territorial. En los años noventa es cuando se instala un nuevo modelo de narcotráfico que «lucha por el micro-poder que significa la hegemonía del narcotráfico en la población.» (Saavedra, Mora, 2015: 260) La demanda de los nuevos *capos*, «caudillos de menor edad, entre 20 y 38 años» (Saavedra, Mora, 2015: 259) por mano de obra para tráfico y seguridad, atrajo a muchos jóvenes sin perspectivas futuras laborales o educativas. Esta década fue también el inicio del consumo de pasta base de cocaína, poderosamente adictiva «que será» aprovechada por los nuevos narcotraficantes para generar una red de consumidores a su alrededor en la población, y de nuevos soldados ‘angustiadados’ dispuestos a todo con tal de conseguir un ‘mono’». (Saavedra, Mora, *ibid.*)

Como tercer elemento, la liberalización del régimen de enseñanza permitió la creación de colegios particulares con subvención estatal, que pasaron rápidamente a recibir gran parte de la matrícula de las clases media y baja. Así, se relegó a los sectores más pobres a una educación estatal que, construida durante la república del siglo XX como modelo de ascenso social y proyecto nacional (Serrano, 2018) fue abandonada financieramente por el Estado durante la dictadura. Esto provocó que los espacios de socialización escolar, desde los años 80, se restringieran a personas de similar *status* socioeconómico dificultando a los más pobres el acceso a una educación de calidad y eliminando

---

12. Para el caso de Valparaíso existen estudios de carácter sociológicos respecto a la juventud, como Oyarzún, 2013.

el componente de integración social que había llegado a tener la educación en las décadas de 1940 a 1970.

La deserción escolar permite observar cómo se entremezclaron las dos dimensiones de trabajo y educación, ya que en los motivos de la salida del sistema educativo conviven tanto factores externos, como la pobreza o el consumo de drogas; como factores internos, como el bajo rendimiento, la centralidad de la disciplina como herramienta para el desarrollo de los jóvenes y el fracaso escolar. Además, entre los desertores, el círculo de la pobreza se perpetúa puesto que ésta les obliga a salir del sistema para aportar en el hogar, al tiempo que les quita o retrasa la posibilidad de acceder a mayores salarios con la certificación de enseñanza secundaria. (Goicovic, 2002) La desigualdad educativa ha sido objeto de importantes movimientos estudiantiles, en 2006 y 2011, que denunciaron esta segregación y la poca calidad de los establecimientos en comunas más pobres.

Si bien la deserción escolar en el periodo fue disminuyendo en términos generales, esto esconde una muy fuerte desigualdad según la clase social. Mientras que, en 1997 el estrato alto de la juventud contaba un 8,5% de abandono escolar, los estratos medio y bajo se disparaban con un 30,8 y 58,6% (INJUV, 1997). La crisis de 1982 empujó a miles de jóvenes a buscar trabajo para aportar en su hogar, mientras que truncó sus expectativas de una educación superior pagada. La democracia heredó ese problema y los gobiernos de los noventa lograron hacer descender este indicador. Sin embargo, durante el cambio de siglo la deserción escolar se estancó y volvió a subir en el estrato de menores ingresos de la juventud, siendo los motivos económicos los más comunes para abandonar la educación. Las Encuestas Nacionales de la Juventud hechas desde 1994, le asignan un peso cercano al 64% a estos motivos (problemas económicos, la decisión de trabajar y el cuidado de los hijos). Y para el cambio de siglo, IV Encuesta Nacional de la Juventud, en relación a la crisis económica de los últimos noventa, señala:

«Igualmente, llama la atención el incremento del peso que tiene el abandono por razones económicas entre los jóvenes que, al momento de la entrevista tenían entre 20 y 24 años; vale decir que afrontaron la crítica coyuntura económica de 1998 en adelante cuando tenían entre 16 y 20 años. Aparentemente la crisis económica tuvo un claro efecto restrictivo en sus posibilidades de escolarización superior.» (INJUV, 2003: 25)

Y este fenómeno fue coincidente con la expresión de los jóvenes fuera del sistema en instancias de protesta callejera. Es muy notable que, durante el periodo de la crisis económica y el consiguiente aumento de la deserción escolar, se produjeran ataques y saqueos a escuelas en la protesta por la conmemoración

del golpe de Estado, cada 11 de septiembre. Es decir, y como sostengo en otro texto, estos jóvenes «se expresaron en la protesta por el golpe de Estado debido a la inserción de sus problemáticas en el marco de sentido de la dictadura, promovido por los militantes de izquierda radical.» (Trincado, 2020: 77-78) En dicha instancia de protesta, además, la posmemoria se hacía incluso explícita, con rayados como «los hijos del golpe golpean hoy», recogido en una protesta universitaria.<sup>13</sup>

Lo más relevante de estas características del sistema educacional chileno durante buena parte de los años noventa, es que su diseño estructural era el elaborado por la dictadura. Es decir, todas las deficiencias de la educación pública administrada muy desigualmente por los municipios, y enfocada en atender a la población más pobre, venían derivadas de la reforma educacional de la dictadura. Como señala Goicovic (2002: 26), «la educación pública, llamada a hacerse cargo de los procesos formativos de los jóvenes pobres del país, está también generando condiciones para provocar la expulsión de un segmento de ellos.» Pero aún más, los jóvenes de la década de 1990 veían una cultura escolar muy alejada de su realidad, con prácticas autoritarias y contenidos «aburridos» por ser ajenos. Señala Leonora Reyes (2004: 85) respecto de la necesidad de incluir la cultura juvenil en la reforma educativa de 2003: «La mayoría de los jóvenes que acuden a los liceos municipalizados sienten que su realidad económica, social y cultural está excluida de la historia que se intenta enseñarles.»

Los proyectos de la Concertación aumentaron, desde su llegada al poder, el gasto por alumno y mejoraron la infraestructura, focalizándose en las escuelas con peores resultados; y modificaron, aunque sólo a partir de 1997, la jornada escolar y el currículum nacional, lo que pretendía mejorar el enfoque de la muy deficiente enseñanza diseñada por la dictadura. Para el problema de la posmemoria, y como ya se vislumbra, la explicación respecto del golpe de Estado y el legado de la dictadura fue clave en la discusión del nuevo Marco Curricular. Los objetivos que en este se incluyeron fueron «que los alumnos reconozcan y estudien el modelo económico inaugurado [durante el gobierno militar] por sobre los demás aspectos históricos de la época.» (MINEDUC, 1998)<sup>14</sup> Por lo tanto, desde el año 2001 las generaciones escolares podrían encontrar en este espacio una explicación respecto a su vivencia de exclusión económica como legado de la dictadura al conocer el origen de las reformas privatizadoras de

13. *El Mercurio*, 9 de septiembre de 1994, p. C8

14. El Ajuste Curricular de 2009 agregó la frase «la violación sistemática de los Derechos Humanos», pero mantuvo la ambigüedad de contenidos, sin objetivos de aprendizaje claros, continuando bajo criterio de cada profesor la profundidad de aspectos.

la seguridad social, aunque no una explicación sobre la violencia política, que continuó silenciada a voluntad de docentes y directivos hasta la definición de objetivos del currículum que entró en vigor para 2017 (MINEDUC, 2015)<sup>15</sup>.

Pasaron, por lo tanto, dos décadas y media para que en las aulas los estudiantes pudieran recibir oficialmente contenidos sobre la dictadura; contenidos que habían sido requeridos por todo lo que a su alrededor demandaba explicación. Si sumamos a los elementos desarrollados el que la mayor parte de las familias reprimidas por la dictadura provenían del mundo obrero y sindical, es evidente que en los jóvenes de la generación postdictadura pertenecientes a la clase trabajadora, la transmisión de memorias y el contacto con la desigualdad social legada por la dictadura hizo más fuerte y necesaria la referencia al pasado como modo de explicar la realidad. Sería muy interesante poder investigar este problema en profundidad, como en Uccelli *et al.* (2017) para el caso peruano, ya que es muy probable que, dependiendo del docente y la escuela en Chile, los estudiantes no recibieran información sobre la dictadura más que por instancias extracurriculares.

Considerando lo expuesto, es claro que cuando los estudiantes secundarios se manifestaron en el año 2006 contra la Ley Orgánica Constitucional de Educación, escrita por el régimen militar, esta lucha se concibió contra el legado dictatorial que determinaba la precarización de la educación pública. Ese movimiento estudiantil fue protagonizado por los nacidos entre 1989 y 1992, es decir, en plena transición política, por lo que todos sus procesos de socialización fueron postdictatoriales. Sin embargo, a pesar de ello, la elaboración política sobre su presente problemático se basó en el legado del pasado. Y esto es muy interesante, pues perfectamente podría no haber sido así, eligiendo otros referentes. El año 2011 vio un movimiento estudiantil más amplio –aunque más concentrado en las grandes ciudades que el de 2006– que agrupó a universitarios y secundarios en contra de la administración privada de la educación.<sup>16</sup> La demanda transversal de «No más lucro» dio pie a una crítica mucho más abierta contra el modelo económico y su privatización de servicios sociales, que tomaría desde entonces la discusión pública. La generación protagonista de ese movimiento de 2011 había nacido entre 1990

---

15. Aquí se explicitan y detallan en objetivos los temas, siendo obligatorio para los docentes transmitir una interpretación más completa. Sin embargo, es relevante que este cambio curricular retiró el estudio de la teoría económica, dificultando la comprensión de las reformas neoliberales por los estudiantes.

16. Para el movimiento estudiantil universitario de la década de 1990 véase Thielemann, 2016. El autor realiza un detalle de la ampliación de la matrícula universitaria y su relación con nuevas demandas de financiación educativa.

y 1997, lejos de la dictadura; pero más aún, a comienzos de la nueva década ya no compartía espacios de juventud con las generaciones postdictadura más antiguas y nacidas en el régimen militar. Habían pasado ya veinte años desde la vuelta a la democracia, y estos jóvenes nacidos después coreaban el mismo «Y va a caer» de las jornadas de protesta de los años 80, pero sumándole la herencia contra la que luchaban: «la educación de Pinochet».

## Conclusiones

La relevancia de la identificación del pasado dictatorial como origen del problema político, sobre todo del modelo económico, es que justamente se elaboró en esos términos y no en otros, a pesar de que las instituciones dictatoriales ya no existiesen. El neoliberalismo, en términos temporales, al 2010 llevaba más tiempo existiendo en democracia, pero seguiría siendo elaborado como un problema legado por la dictadura. En ese aspecto, la posmemoria juega un rol fundamental. Este artículo pretende llamar la atención sobre la existencia, la relevancia a nivel social y político y la masividad de los efectos de la posmemoria en la generación nacida después de la dictadura en Chile. Hubo distintos canales de difusión de la memoria entre dicha generación y la generación testigo. Entre ellas, hemos analizado la transmisión de historias familiares de represión, con la consiguiente transmisión del trauma en muchos casos, o la transmisión igualmente oral de lo que había sido políticamente el gobierno de la Unidad Popular y la dictadura militar. Y aunque esta transmisión de la memoria se hiciera generalmente fuera del espacio formal de la escuela –referida a los contenidos curriculares, mas no a la comunicación informal inherente a este espacio–, los cambios en el currículo de Historia fueron relevantes para marcar ciertas épocas en que la escuela tuvo –o pudo tener– mayor protagonismo o ausencia en este proceso.

Pero también se ha destacado el otro medio de conocimiento del pasado: la identificación de la problemática socioeconómica con el legado de la dictadura, y su expresión política en esos términos. La relación explícita del modelo educativo y la desigualdad con los efectos de la dictadura, hecha por los estudiantes de la generación post, revela muy claramente que la politización en dicho contexto también tuvo elementos de posmemoria. Y más allá del espacio escolar, la expresión de la juventud marginal en espacios reivindicativos que ponían a la dictadura como origen de sus problemas es igualmente notable, si bien desafiante en términos metodológicos.

La caracterización realizada aquí de un grupo etario cambiante y plural, pero marcado por este contacto con el pasado reciente, puede resultar útil en diversos sentidos. Como constatación de su existencia, permite analizar a la

juventud de la postdictadura considerando esta dimensión no investigada hasta ahora. A nivel de la historia política, permite evaluar las iniciativas públicas orientadas a esta generación –tanto educativas, laborales y de memoria–, identificar la relevancia de contenidos en medios de comunicación sobre la historia reciente, y confirmar la necesidad de incluir esta historia en el aula para procesar esta memoria allí con un sentido democrático (Uccelli *et al.*, 2017: 16-18). Contribuye, por último, al estudio de las culturas políticas contemporáneas, basadas en un marco de interpretación que constantemente recurre al pasado para explicar el presente y la opción de cambio político que se busca. El pasado nos ayuda a concebir nuevos mundos posibles y resulta necesario para elaborar una alternativa política, tal como hicieron los jóvenes de la postdictadura chilena. En pocas palabras, el conocimiento del pasado siempre permite decir «esto no siempre fue así» y, por ende, «esto podría ser distinto».

### Fuentes

- ZAMBRA, Alejandro (2011). *Formas de volver a casa* (novela). Barcelona: Anagrama. Archivo de Radio Cooperativa, Santiago de Chile.
- La Nación* (periódico).
- Entrevista a Alejandro, población La Bandera, Santiago de Chile, para el proyecto «La memoria en las calles: violencia popular en la conmemoración del golpe de Estado en el Chile de la Transición».
1997. *Los jóvenes de los noventa: el rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda Encuesta Nacional de Juventud*. Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), República de Chile.
1998. *Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Básica y Media*. Ministerio de Educación (MINEDUC), República de Chile.
2003. *La integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003. Cuarta Encuesta Nacional de Juventud*. Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), República de Chile.
2009. *Ajuste Curricular*. Ministerio de Educación (MINEDUC), República de Chile.
2015. *Bases Curriculares 7.º básico a 2.º medio*. Ministerio de Educación (MINEDUC), República de Chile.

### Bibliografía

- BANCO CENTRAL DE CHILE (2010). Endeudamiento de los hogares en Chile: Análisis e implicancias para la estabilidad financiera. En: *Informe de Estabilidad Financiera*.

- BARRAZA, Luisa; PLANCARTE, María Rita (2016). Memoria y naufragio en *Formas de volver a casa* de Alejandro Zamabra. *Perífrasis*, 7-13, 99-112. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6852187.pdf>
- DE RAMÓN, Armando (2011). *Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana (1541-1991)*. Santiago de Chile: Catalonia.
- FAÚNDEZ, Ximena (2013). *Transgeneracionalidad del trauma psicosocial en nietos de ex presos políticos de la dictadura militar chilena (1973-1990). Transmisión y apropiación de la historia de prisión política y tortura*. Tesis de Doctorado, Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Psicología.
- GOICOVIC, Igor (2002). Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil, *Última década*, 16, 11-52 <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2256178.pdf>
- HIRSCH, Marianne (2015). *La generación de la posmemoria: Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpe Noctem.
- JOIGNANT, Alfredo, *Un día distinto. Memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile (1974-2006)*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2007.
- MAGENDZO, Salomón; RUBIO, Manuel; AUBEL, Brigitte (1999). Vivencia infantil del clima de violencia y represión bajo dictadura, su relación con la constricción y el miedo cuando jóvenes. *Psykhé*, 8-2, 73-83. <http://www.psykhe.cl/index.php/psykhe/article/view/138/136>
- MARTÍN-BARÓ, Ignacio (1990). *Psicología Social de la Guerra: Trauma y Terapia*. San Salvador: UCA Editores.
- MIÑARRO, Anna; MORANDI, Teresa (comps.) (2014). Trauma i transmissió: Efectes de la guerra del 36, la postguerra, la dictadura i la transició en la subjectivitat dels ciutadans. Barcelona: Congrés Català de Salut Mental.
- OYARZÚN, Astrid (1993). Algunos elementos de diagnóstico sobre los jóvenes urbanos de los cerros de Valparaíso y Viña del Mar. *Última década*, 1, s.p. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2256522.pdf>
- REYES, Leonora (2004). Actores, conflicto y memoria: Reforma curricular de Historia y Ciencias Sociales en Chile, 1990-2003. En Elizabeth JELIN; Federico LORENZ (comps.). *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*. Madrid: Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ, Javier (2018). *Desigualdad y desarrollo en Chile (1850-2009). Historia de su economía política*. Santiago de Chile: LOM.
- SAAVEDRA, Moisés; MORA, Fernando (2015). Capitalismo, pasta base y enajenación popular: Transformaciones en las poblaciones de Santiago durante la instalación del neoliberalismo en Chile 1980-1998. Tesis de grado, Universidad de Playa Ancha, Facultad de Humanidades, Carrera de Pedagogía en Historia y Geografía.

- SERRANO, Sol (2018). *El liceo. Relato, memoria, política*. Santiago de Chile: Taurus.
- TEDESCO, Juan Carlos (2000) *Educación en la sociedad del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- THIELEMANN, Luis (2016). *La anomalía social de la transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987-2000)*. Santiago de Chile: Tiempo Robado Editoras.
- TRINCADO, Joaquín (2020). *La memoria en las calles. Violencia popular en la conmemoración del golpe de Estado en Chile (1990-2019)*. Tesis de máster, Universitat Autònoma de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras.
- UCCELLI, Francesca; AGÜERO, José Carlos; PEASE, María Angélica; PORTUGAL, Tamia (2017). *Atravesar el silencio. Memorias del conflicto armado interno y su tratamiento en la escuela*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- VALDIVIA, Verónica (2017). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago de Chile: LOM.
- VILAR, Pierre (1980). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Crítica.
- WINN, Peter; STERN, Steve; LORENZ, Federico; MARCHESI, Aldo (2014). *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el cono sur*. Santiago de Chile: LOM.